

8. DISCURSO PRONUNCIADO DURANTE LA CENA
DE DESPEDIDA OFRECIDA EN EL PALACIO ARIZTÍA A
LOS DIPUTADOS QUE TERMINARON SU PERÍODO
PARLAMENTARIO: 1994 - 1997.

Hoy queremos establecer una tradición en la Cámara de Diputados. Esta es que cada cuatro años, al término de un período legislativo, nos reunamos en un encuentro fraterno, con el fin de despedir a quienes se retiran de la actividad parlamentaria. Muchas veces hemos conversado acerca de la necesidad de humanizar la política y nuestras relaciones. Es evidente que el mundo es más impersonal que ayer. La globalización, los ritmos vertiginosos del quehacer diario, los pocos espacios para la familia, impactan nuestra vida. Más aún, la política se ha vuelto una actividad extremadamente dura, a veces incluso dentro de los partidos y al interior de las coaliciones se viven y sufren conductas que generan genuino dolor.

Por otra parte, el tratamiento que se otorga a la política por parte de los medios, repetidas veces está tremendamente caracterizado por la crítica a priori y muchas veces per sé. En otra dimensión, autores y expertos han establecido que en este tiempo la incertidumbre es un factor identificador del sentimiento ciudadano. Así, la visión que teníamos del pasado, del presente y del futuro, también ha tenido una gigantesca transformación.

Ayer, el futuro siempre era visto como algo positivo y esperanzador. Hoy sabemos que lo que viene será mejor para la sociedad, pero a su vez existe gran inseguridad respecto de lo que puede significar para cada uno de nosotros.

La valoración de la política, como tantas veces lo hemos conversado, quizás no siempre con la profundidad debida, ha sufrido un cambio fuertísimo. Hemos dicho que la política perdió su centralidad, que la supuesta desideologización y el debilitamiento de las cosmovisiones, para muchos, más bien la inmensa mayoría, ha transformado la política en un quehacer secundario, centrado más en la administración y el poder.

El mundo de la imagen nos ha penetrado con increíble rapidez. La denominada "cultura de las apariencias" es la más real de las realidades. A veces no importa lo que se diga, sino cómo y ante

cuántas cámaras se diga. De la cultura de la palabra, hemos pasado a la de la imagen, la cual, a veces es más espectáculo que contenido. La comunicación con los ciudadanos no siempre descansa en el trabajo efectivo o en la capacidad de comunicar con una imagen adecuada, sino que depende de las prioridades sobre qué es o qué se estima importante.

En otra perspectiva, Marco Antonio de la Parra, en su último libro, nos señala lo que ayer era en nuestro país la importancia del pensar. Así nos recuerda que "Pensar requiere distinguir entre el deseo y el objeto de nuestro deseo, entre el mundo de la imaginación y el resistente mundo de la realidad. Requiere saber la importancia de la ficción como luz sobre lo cotidiano y no creer que lo cotidiano está lleno de semidioses ni andar buscando ídolos ni monstruos en la casa del vecino. Pensar exige recoger los sueños del pueblo y no sentir que la propia visión del mundo involucra a todo el mundo". ¡Por Dios que falta esto en el mundo de hoy!

Todo esto es parte de la globalización, la que rodea, penetra y golpea sin conmiseración de nada, ni de nadie, en lo positivo y en lo negativo que dicho fenómeno implica. Todo esto debiéramos multiplicarlo varias veces en lo que dice relación con la actividad parlamentaria.

Nuestra vida es azarosa, repleta de traslados, llamadas y documentos que no siempre se alcanzan a contestar; de peticiones que ni nos corresponden o que no están en la esfera de nuestras posibilidades; de invitaciones, actos y audiencias por doquier. Para muchos, somos la esencia de la parte negativa de la política, supuestamente rodeada de privilegios y con ausencia de control de la calidad de nuestra gestión.

Lo hemos dialogado, la percepción ciudadana valora "los hacedores" y critica a "los legisladores". El valor de la ley es muy menor. No se juzga necesaria como antes. En verdad muchas veces eso es así, ya que la necesidad objetiva de legislación es menor que ayer, sea porque la tarea codificadora está muy avanzada o porque la legislación existente es interpretada por instancias jurisdiccionales.

Por supuesto, también existen nuestras fallas o falencias. A pesar de los esfuerzos, cuesta mucho cambiar las tradiciones de funcionamiento y, a veces, imponernos exigencias nuevas y métodos de trabajo y de gestión más modernos. Nos resistimos a darnos cuenta que el Parlamento es menos importante que ayer. Así es en Chile y

en el mundo. Los encuentros interparlamentarios así lo destacan. En Europa, con su tradición parlamentaria, ya se habla de la pérdida de poder de sus parlamentos nacionales frente al gran proceso de unidad e integración europea. Esto es aún más fuerte en los regímenes presidenciales o presidencialistas.

En verdad, entre nosotros lo comentamos en ocasiones, pero nos cuesta demasiado pasar a la parte propiamente propositiva. Queremos avanzar en este tema; si nos correspondiere continuar en esta función, deseamos asumir parte de este desafío.

Algo hemos hecho para fiscalizar y legislar mejor. Hemos abierto instancias de comunicación de nuestro trabajo y de relacionamiento con la ciudadanía. Deseamos gestionar mejor nuestro trabajo legislativo. Juzgamos indispensable politizar con fuerza nuestra Cámara, pero también y con mucha decisión queremos legítimamente preocuparnos de nosotros.

Vuestro trabajo es serio, responsable y legítimo. Merecemos, como personas y parlamentarios, una determinada dignidad. Por eso nos preocupamos de los temas previsionales ante esta suerte de salto al vacío que representa abandonar la Cámara, con las dificultades evidentes que esto representa al no haber previsto institucionalmente la situación. Pero es más que esto, es actuar con dignidad. No vivir mirando los ojos de otros, no responder a las agendas que nos quieran fijar, quienes no tienen ni representación ni mandato popular y ninguna evaluación a la cual responder. El respeto a nuestra función debe partir por nosotros mismos. La política tiene o debe tener su propia estética.

Sé que compartimos mucho de lo que he intentado expresar. No es por nada que este año los diputados que abandonan la Cámara representan el número más alto que nunca se ha conocido en la historia de la Corporación. Esto tiene razones, los que no quisieron repostularse, los que experimentaron los sinsabores de la incompreensión en sus partidos o coaliciones, los que democráticamente no obtuvieron el favor del electorado y los que se incorporaron al Senado. Sabemos de esto, pues lo hemos conversado en los pasillos, comedores y cafetería del Congreso.

La tarea parlamentaria de este tiempo nos ha despertado más de una vez dudas o sentimientos encontrados. Tanta desvalorización, acompañada de sacrificios familiares y personales, hace difícil la inclinación de la balanza. Pero el servicio público es una vocación y

compromiso de vida. A Dios gracias, el oportunismo todavía no nos ha penetrado, y la corrupción es un flagelo ausente de esta Corporación. Somos gente digna y honorable. Ustedes son ciudadanos respetables.

Hoy despedimos a algunos. Los hacemos sólo en lo formal, pues, como dijera un antiguo funcionario hace algunos meses, todo ex parlamentario será considerado siempre como un diputado en nuestra Corporación. Esto no es un decir. Representa un compromiso formal de los que continuamos, ya hemos tomado algunos acuerdos al respecto, y los seguiremos adoptando en el futuro próximo.

Ustedes, los que se van, representan lo mejor de nosotros. He analizado los 46 nombres -y rostros de ustedes-; aquí está lo mejor de las dirigencias de todo el espectro. Entre ustedes están varios que se comprometieron efectivamente con el quehacer corporativo, de Régimen Interno y de nuestras Mesas. Aquí salen diputados de lujo, ya sea en el quehacer legislativo y/o en el de representación. Ustedes representan anécdotas, historias y sentimientos difíciles de olvidar, recuerdos de nuestra instalación en Valparaíso, de aquellos primeros debates y de esos inicios de relación y luego de amistad.

Sí, aquí iniciamos hoy una tradición. Pero es más que eso. Queremos significar en nuestro afecto, en los sentimientos que hoy nos embargan, la decisión simple y a la vez profunda de ser personas, más personas en nuestra relación. ¡Gracias por habernos dado esta oportunidad! A vuestras esposas y familias todo nuestro cariño y reconocimiento.

Sabemos que los encontraremos diariamente, pues el servicio se lleva en el corazón y ninguna decisión o circunstancia eliminará algo tan profundo y real.

Amigos y amigas:

Aquí está el sentimiento de cada uno de nosotros.

Aquí está la "amistad cívica" que nuestra actividad reclama.

Aquí está el reconocimiento de la Cámara de Diputados de Chile a quienes tanto han hecho por ella, por el país y por su pueblo.

Un abrazo y un saludo a todos, de todos y para todos.